

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

EL REINO DE DIOS

Tolstoi reconoce que ni el abolicionista Garrison ni Adin Ballou, otro defensor de la no resistencia, tuvieron eco en su día, pasando desapercibidos ante la indiferencia general. Un *Catecismo de la no resistencia* es la mejor parte de la herencia de Ballou, estableciendo que la expresión “no resistencia” proviene de Mateo (5,39): “no resistáis al mal”, la máxima virtud cristiana. Quiere decir que al mal no se le combate con el mal, y sí con acciones virtuosas: “Oísteis que fue dicho ‘ojo por ojo y diente por diente’. Pero yo os digo: no recitáis al que es malo. Al contrario, si alguno te abofetea en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que quiera pleitear contigo para robarte la túnica, cédele también el manto”.

No sólo había que renunciar a la ley del talión, sino ir más allá de la mera resistencia, dándole al enemigo, con la docilidad escandalosa e inaudita de la víctima, una lección de tal impacto moral que lo obligue a reflexionar, poniéndolo en el camino de la verdad. Claro está que la fórmula resulta poco atractiva y hasta repulsiva a los impacientes justicieros, a los de la “cólera sagrada” de la revolución arrolladora, que igualmente tienen sus razones, y su “catecismo”. Entre los dos grupos, *tertium non datur*, incesante oscilación humana de nuestra eterna condición de ciegos trastabillantes, perdidos entre los deseos desmesurados de una condición paradójica, desgarrada entre altruismos y egoísmos que nunca se dan tregua, rasgando una y otra vez el no tan inconsútil velo de la vida de cada uno.

El catecismo de la no resistencia prohíbe resistir la ofensa con otra ofensa, herir, pleitear, así sea en los tribunales, luchar con las armas o participar en preparativos bélicos, pagar impuestos a un gobierno injusto, arriesgando con ello la pérdida de la propiedad, que debe ser asumida por el no resistente, votar en las elecciones, formar parte del gobierno... radical, un exilio interior y otra vida, muy distinta de la habitual, y mayoritariamente, una que supone autodisciplina, oración, silencio después de un trabajo constante. “Si nadie resistiera el mal con el mal, nuestro mundo sería dichoso”. Es el escándalo de Cristo, quien por otra parte y para llegar a esa felicidad “no vino a poner la paz, sino la guerra”: la guerra al egoísmo y a la violencia.

Tolstoi confiesa haber sido cimbrado por las obras de Ballou y de Garrison:

Pero los destinos de Garrison y, especialmente de Ballou, desconocido a pesar de haber dedicado cincuenta años de trabajo obstinado y continuado a esta cuestión, me confirmaron que existe un acuerdo tácito pero muy firme de acallar todas estas ideas sobre la no resistencia al mal con la violencia.⁵⁶⁴

De una cierta atmósfera borgiana, el relato de Tolstoi acerca de un rarísimo libro de teología del siglo XV, escrito en Praga (la del rabino del Gólem) intitulado *La red de la verdadera fe*, revela el ahínco y seriedad con que el ruso fue construyendo su visión pacifista no resistente.

Se trata de la obra de un tal Chelcicky, que Tolstoi logró conocer inmediatamente a través de la *Historia de la literatura* de Pypin.

La red de la verdadera fe es la doctrina de Cristo y la auténtica Ley de Dios. Para explicar esta ley, Chelcicky se fija en la estructura del cristianismo primitivo, fundada sobre los principios de libertad, igualdad y fraternidad. No es necesaria la estructura eclesiástica; basta con la ley del amor para ser cristianos. Fueron el “constantinismo” bizantino y el taimado papa Silvestre quienes paganizaron el mensaje primigenio, inventando una corte papal, *contradictio in adjectio* si la hay.

Chelcicky repudia el derecho a la guerra y a la pena de muerte, pues cualquier guerrero, aun siendo un “caballero”, no es más que un violador, un canalla y un asesino.

El libro sufrió aventuras sin cuento, y nunca fue publicado. Tolstoi solamente tuvo en sus manos las galeras del mismo, allá por 1888.⁵⁶⁵ “Además de tratarse de un libro interesante desde todos los puntos de vista, también es una de las obras más admirables del pensamiento humano por la profundidad de sus ideas, por la increíble fuerza y belleza del lenguaje popular con el que está escrito y por su antigüedad”.

Tolstoi concluye, después de haber escudriñado las obras de Dymond (*On War*) y de Musser (*Sobre la no resistencia*), que “existe entre las clases dirigentes una actitud abiertamente hostil al auténtico cristianismo, cuyo reflejo vemos principalmente en el silenciamiento que padece cualquiera de sus manifestaciones”.⁵⁶⁶ Tolstoi sufrió en carne propia esa aversión por la mansedumbre cristiana. El libro que leemos ahora fue prohibido y condenado oficialmente a la hoguera, pero “corrió de mano en mano entre los funcio-

⁵⁶⁴ Tolstoi, L., *op. cit.*, p. 35.

⁵⁶⁵ *Ibidem*, pp. 36 y 37.

⁵⁶⁶ *Ibidem*, p. 48.

narios y acabó circulando clandestinamente en numerosas copias manuscritas y en litografías de las galeradas”, tradición primero de la clandestinidad antizarista, después, antisoviética.

Al autor de *Guerra y paz* hubo de responder a la retórica adversa con argumento etero y neotestamentarios. Advirtió que “si todo el mundo supiera que la Iglesia (en su caso, la ortodoxa grecorrusa) difunde la idea de un Cristo que castiga, que es rencoroso y beligerante, nadie creería en esa Iglesia”.⁵⁶⁷

Relativizar la no violencia es también contrario a las enseñanzas del Nazareno:

El Evangelio nos muestra con especial brillantez el error y la imposibilidad de esta limitación en el relato sobre Caifás, que hizo precisamente esta distinción, pues reconocía que no estaba bien ejecutar a Jesús porque era inocente, pero veía en ello un peligro, no para sí mismo, sino a los demás; una persona que, por debilidad, incumpla cualquiera de ellos, incluido el de no resistencia, no deja por eso de ser cristiana, siempre que profese la fe correcta institucional, ceremoniosa y respetable.

Finalmente quedó el señor de Yasnaia Poliana hondamente decepcionado de la ceguera pertinaz de sus críticos, religiosos y laicos, endebles todos por igual.

El propio Tolstoi resumió la doble repulsa causada por su libro: “por los conservadores porque era un obstáculo tanto para combatir el mal provocado por los revolucionarios como para perseguirlos y ejecutarlos y por los revolucionarios, porque este principio (la no resistencia) era un obstáculo para combatir el mal provocado por los conservadores y para lograr su derrocamiento”.⁵⁶⁸

La no resistencia al mal con la violencia cambiaría de tal modo nuestra vida, que su sola mención provoca miedo e inquietud, como el que se experimenta ante un peligroso abismo, el que separa lo debido de lo torcido:

La pregunta que cabe hacerse —advierte Tolstoi— es ¿cómo resolver los conflictos que surgen entre los hombres, cuando unos consideran que el mal es aquello que otros consideran el bien y al revés? No sirve como respuesta la afirmación de que el mal es aquello que yo considero como tal, a pesar de que mi enemigo lo considere el bien.

⁵⁶⁷ *Ibidem*, p. 52.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, p. 65.

Existen, pues, dos posibles soluciones a esa cuestión: o encontramos un criterio fiable e irrefutable de lo que es el mal, o no resistimos a éste con la violencia. La primera solución se ha intentado aplicar desde el principio de los tiempos y, como es sabido, nunca ha dado resultados favorables. La segunda solución —no resistir con violencia aquello que consideramos el mal hasta no encontrar un criterio único que lo determine— es la que nos propuso Jesucristo.⁵⁶⁹

Clamando en el desierto, Tolstoi denunció una concepción errónea del cristianismo, venida de siglos atrás y mantenida a lo largo del tiempo por la idea de que el mensaje de Jesús es unívoco y tan claro que nada hay que desentrañar en él, al contrario de lo que propalan las Iglesias establecidas, estructuras autoritarias, dogmáticas e intolerantes. Con el Cristo verdadero no juega la simple lógica del delito-castigo. “Solo la verdad os hará libres... ¿Por qué queréis matar a un hombre que os dice la verdad?... Haced lo que os digo y sabréis si es la verdad” (Juan 8,46).

La incompreensión del más hondo —y más sencillo— de los preceptos de Cristo, la no resistencia violenta al mal, se produjo desde un principio, tan remoto como el del tiempo de los apóstoles y sus hechos milagrosos, origen de creencias tergiversadas, al decir de Tolstoi, quien los reprueba como cosas groseras y supersticiosas, fuente de dogmas incomprensibles e innecesarios a la doctrina original y pura, libre de condicionamientos y no necesitada de intérpretes abstrusos y falaces.

La Iglesia no es sino una invención humana y no una herencia de Cristo Jesús, y nunca ha existido cosa tal como una sola Iglesia; las existentes niegan, por principio, la santidad de las demás, que son opuestas, por lo que merecen epítetos de heréticas, cismáticas, infieles, sectarias, apoyadas cada cual por los poderes terrenales, anticristianas en el fondo, sin excepción.

El único dilema verdadero para Tolstoi estaba entre el sermón de la Montaña y el Símbolo Niceno: “que vendrá a juzgar a vivos y muertos”, en la figura del Atleta Cósmico del muro principal de la Sixtina: Cristo desfigurado por el poder, inaccesible, inclemente y falsificado, como lo es el Cristo de Comte, Straus, Spencer y Renan, que desfiguran el sentido de sus palabras y al pueblo para que fueron pronunciadas.

Resulta que todo lo que han hecho quienes sí comprendieron las enseñanzas de Cristo de un modo literal y que vivieron conforme a esta concepción, todo lo que hicieron y dijeron los auténticos cristianos, los cristianos devotos y todo lo que actualmente está cambiando en el mundo bajo el soplo del

⁵⁶⁹ *Ibidem*, p. 68.

socialismo y el comunismo son exageraciones de las que no vale la pena ni siquiera hablar.⁵⁷⁰

Tolstoi no lo dice, pero Cristo sí: Él será siempre “piedra de escándalo”, y por Él, a causa de Él, el hombre lo dejará todo, mientras los agentes del poder seguirán jugándose su túnica a los dados, al pie de la Cruz redentora, indiferentes al sacrificio del Cordero de Dios.

Hay dos equívocos principales, según Tolstoi, que dificultan la correcta comprensión del Evangelio:

Uno de estos equívocos consiste en la afirmación de que la doctrina vital del cristianismo es impracticable y, por tanto, es completamente innecesaria, es decir, que no debe ser tomada como guía, o que debe ser moderada hasta tal punto, que su cumplimiento sea posible en nuestra sociedad.

El otro equívoco consiste en la afirmación de que la doctrina cristiana del amor a Dios y el servicio a Él es una exigencia confusa, que no tiene un objeto definido de amor y, por tanto, debe ser remplazada por otra doctrina más precisa y comprensible, la del amor a los seres humanos y el servicio a la humanidad. Cristo nos trasmite su doctrina teniendo presente que la perfección absoluta es inalcanzable, pero que la aspiración a una perfección infinita aumentará sin cesar el bien entre los hombres.⁵⁷¹

En el sermón de la montaña, Cristo expresó el eterno ideal al que el hombre debe aspirar y el nivel de perfección que puede ser alcanzado por todos. El ideal es no desear el mal a nadie, no despertar la malevolencia en nadie, amar a todo el mundo; y el mandamiento que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar este ideal dice que no se debe ofender a los hombres con la palabra. Esto constituye el primer mandamiento.

El ideal es mantener una castidad absoluta, incluso de pensamiento; el mandamiento indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar el ideal, señala la pureza de la vida conyugal y la abstinencia de la lujuria. Esto constituye el segundo mandamiento.

El ideal es no preocuparse por el futuro, vivir la hora presente; y el mandamiento que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar este ideal, dice que no se debe jurar ni realizar promesas a los hombres. Esto constituye el tercer mandamiento.

El ideal es no emplear nunca y bajo ningún pretexto la violencia; y el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender

⁵⁷⁰ *Ibidem*, p. 118.

⁵⁷¹ *Ibidem*, pp. 123-125.

para alcanzar este ideal dice que no se debe pagar el mal con el mal, que se deben soportar las ofensas y entregar el caftán. Esto constituye el cuarto mandamiento.

El ideal es amar al enemigo que nos odia; y el mandamiento, que indica el nivel por debajo del cual no hay que descender para alcanzar este ideal, dice que no debemos hacer el mal a nuestro enemigo, que debemos hablar bien de él, que no debemos hacer distinciones entre éste y nuestros compatriotas: es el quinto mandamiento.

Sin embargo, estos mandamientos no conforman toda la doctrina ni la agotan; constituyen simplemente uno de sus innumerables escalones en la aproximación hacia la perfección.⁵⁷²

La fe inmovible de Tolstoi en el mensaje de Jesús le lleva a la profética: “Llegará un tiempo en que los principios cristianos sobre la vida (igualdad, fraternidad, bienes comunes, no resistencia al mal con la violencia) devendrán tan naturales y simples como hoy nos parecen los principios de la vida familiar, social y estatal”, los tres estados histórico-culturales de que se vale Tolstoi a lo largo de la obra para examinar y refutar objeciones diversas a la no violencia.

La masa trabajadora —la inmensa mayoría de la gente, que se exponen a trabajos y privaciones incesantes, absurdas y desesperanzadoras que consumen su vida entera— sufre aún más al ser consciente de la escandalosa contradicción que existe entre lo que es y lo que debería ser, de acuerdo con sus convicciones y con aquellos que profesan quienes los han colocado en tal situación y que en ella los mantienen. Saben que están esclavizados, que están hundidos en la necesidad y en la oscuridad para servir al desenfreno. Tolstoi sabía de lo que hablaba, desde la posición socio económica de gran terrateniente, dueño de Yasnaia Poliana, de una minoría que los mantiene en el esclavismo. Esta conciencia es cada vez mayor y constituye la esencia de su sufrimiento.⁵⁷³

La realidad de la vida del proletariado lo estremece de indignación justificada:

El obrero de nuestro tiempo aunque lograra una jornada laboral de ocho horas y una paga de tres dólares al día no dejaría de sufrir, porque al manufacturar objetos que él no va a poder disfrutar, y al trabajar no para sí mismo y por propia voluntad, sino por necesidad, para contribuir a los caprichos de otras personas que viven entre el lujo y la ociosidad y, en concreto, a las ganancias

⁵⁷² *Ibidem*, pp. 128 y 129.

⁵⁷³ *Ibidem*, p. 145.

de un ricachón o del propietario de una fábrica, sabe que todo esto sucede en un mundo donde no se reconoce la teoría económica según la cual sólo el trabajo constituye la riqueza... sino también donde se profesa la doctrina de Cristo, según la cual todos somos hermanos y nuestra dignidad y mérito residen en servir al prójimo, pero no en ser explotados por él.

Las contradicciones saltan a la vista y a la pluma de Tolstoi:

Todos somos hermanos, pero yo trabajo en un banco, en un comercio o en una tienda para hacer que todos aquellos productos que necesitan mis hermanos sean más caros. Todos somos hermanos, pero yo vivo de un sueldo que percibo por perseguir, juzgar y ejecutar al ladrón o a la prostituta, cuya situación es debida a mi modo de vida, y sé que no habría que castigarlos, sino reformarlos. Todos somos hermanos, pero yo percibo un sueldo por recaudar impuestos de trabajadores pobres para que, hombres ociosos y ricos, puedan vivir en el lujo. Todos somos hermanos, pero yo percibo un sueldo por predicar un falso cristianismo en el que ni yo mismo creo, con lo que privo al prójimo de conocer el auténtico cristianismo. Todos somos hermanos, pero cedo a los pobres mi labor pedagógica, médica o literaria únicamente a cambio de dinero. Todos somos hermanos, pero yo percibo un sueldo por adiestrarme para el asesinato, por enseñar a matar, o por fabricar armamento o pólvora, o por construir fortalezas.⁵⁷⁴

Tolstoi vio venir guerras y vio asomar en el horizonte la tragedia de la Gran Guerra de 1914-1918, y dedicó numerosas y vehementes páginas de su obra a la denuncia del belicismo de las élites y los gobiernos, quienes, en su irresponsabilidad e irrefrenable cinismo disfrazado con la palabrería patrioterica y chauvinista de siempre, ahogarían en su propia sangre a decenas de millones de seres humanos.

Contra el militarismo y el servicio militar obligatorio dijo, entre otras cosas:

La base de toda autoridad es la violencia física. Quien facilita que se ejerza la violencia física sobre el individuo es básicamente una organización de hombres armados que actúan en conjunto y obedecen a una única voluntad. Tal organización de hombres armados, *sometidos a una única voluntad es lo que llamamos ejército*. El poder siempre se encuentra en manos de quien controla los ejércitos y todos los soberanos, desde los césares romanos hasta los emperadores rusos y alemanes, por lo único que siempre se han preocupado ha sido *por agasajar a sus tropas, pues saben bien que sólo si el ejército está con ellos conservan el*

⁵⁷⁴ *Ibidem*, p. 147.

poder. Y fue esta formación de los ejércitos y su proliferación —indispensable para conservar el poder— lo que introdujo en la concepción social de la vida su principio corruptor; pues por más sistemas que se hayan inventado para impedir que aquellos que se encuentran en el poder sometan los intereses comunes a los suyos propios o para poner el poder únicamente en manos de hombres intachables, hasta ahora no se ha hallado ningún sistema que logre ni lo uno, ni lo otro.⁵⁷⁵

La conclusión de Tolstoi es que “el mal que genera la violencia en manos de aquellos que ostentan el poder aumenta sin cesar y con el tiempo se vuelve mayor que aquel mal que se supone están combatiendo”, lo que, además, fue y es convalidado una y otra vez en las guerras del siglo XX y en las del XXI, incluida la cómico-trágica guerra del grupo calderonista irresponsable y corrupta en el México de nuestros días y la proseguida por otros, igualmente pestíferos.

La ineluctable aceptación del cristianismo por la humanidad entera, del cristianismo del sermón de la montaña, era para Tolstoi una verdad, una profecía evidente, incontestable:

Cristo, que nos mostró en el Sermón de la Montaña la doctrina que tendría que guiar a la humanidad, dijo: “Cualquiera que oye estas palabras y las realiza es como el hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. Descendió la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos y golpearon contra aquella casa y no cayó porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que oye estas palabras y no las realiza es como el hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; descendió la lluvia vinieron los ríos y soplaron vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó; y fue grande su ruina (Mateo 7, 24-27).

Al decir de Tolstoi, la profecía se ha visto cumplida del todo hasta nuestros días de casas sobre la arena, la arena de la desigualdad y la violencia, de la opresión y del odio, indiferentes a los más altos preceptos morales, enemistados con la alegría verdadera, asfixiados por las trivialidades y ocios, diseminando falsificaciones y encerrando a todos en un gigantesco acuario universal, sordo e impenetrable, de monólogos gesticulantes e inanes, que pretenden imposiblemente la condición del diálogo racional, el que nos legara Sócrates.

Se ha llegado a un punto en el que los hombres han dejado de creer en la posibilidad de encontrar alguna definición vinculante del mal, que nunca

⁵⁷⁵ *Ibidem*, pp. 199 y 200.

podrá haber, sino incluso de creer en la necesidad de buscar tal definición. Se ha llegado a un punto en el que aquellos que están en el poder ya no tratan de demostrar que lo que ellos consideran el mal es realmente el mal, y dicen abiertamente que el mal es tan sólo aquello que no les gusta; y la gente que se somete a ellos ya no lo hace porque considere que esta definición del mal sea justa, sino simplemente porque no tienen más remedio que someterse. El hecho de que Niza fuera anexionada a Francia, Lorena a Alemania, Chequia a Austria, que Polonia haya sido desmembrada, que Irlanda e India estén subyugadas al gobierno inglés, que haya un conflicto con China y se mate a la población africana, que los americanos expulsen a los chinos, que los rusos hostiguen a los judíos, que los terratenientes saquen provecho de una tierra que no trabajan, o que los capitalistas se aprovechen del fruto de un trabajo realizado por otros, no se hace porque eso represente el bien, ni porque sea útil y necesario a los hombres, sino porque aquellos que están en el poder así han querido que sea.

De esta manera se ha llegado hasta la situación actual: unos ejercen la violencia, pero no para combatir el mal, sino en nombre de sus intereses personales y de sus caprichos, mientras que otros se someten a la violencia, pero no porque crean que esta violencia ejercida sobre ellos los protege del mal y les proporciona el bien —tal y como se creía antes— sino porque no pueden librarse de ella.⁵⁷⁶

La conciencia del mal ha despertado paulatinamente, lo que sin duda constituye algún progreso moral, y hoy —como en el “hoy” de Tolstoi— nadie puede negar las diversas violencias que a diario se ceban sobre los hombres en todo lugar, aherrojándolos a ella, en un círculo perverso del que es imposible salir.

Este círculo está *compuesto por cuatro sistemas* —relacionados entre sí y que dependen unos de otros, como los eslabones de una cadena— con los que se ejerce una coacción sobre la gente.

El primer sistema, el más antiguo de todos es la intimidación. Este sistema se basa en presentar el orden estatal existente (sea el que sea, desde el republicano y libre hasta el más despótico y salvaje) como algo sagrado e irrevocable, y por tanto se castiga cruelmente cualquier intento de alterarlo. El ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la fotografía, el tan perfeccionado método de deshacerse de alguien sin tener que matarle, recluyéndolo para siempre en una celda incomunicada donde, sustraído al mundo, muere y es olvidado, y muchos otros inventos que los gobiernos emplean, les dan tanta fuerza que, en cuanto el poder cae en ciertas manos, tanto la policía regular o secreta, como la Administración, la fiscalía, los carceleros y los verdugos hacen su trabajo con

⁵⁷⁶ *Ibidem*, p. 225.

tanto celo que ya no hay ninguna posibilidad de derrocar al gobierno, por más desmesurado y cruel que sea.

El segundo sistema es el de la corrupción. Consiste en que, tras haber arruinado a la clase trabajadora a base de tributos, se reparte esa riqueza entre los funcionarios, que se comprometen a cambio de ello a apoyar y reforzar la esclavitud del pueblo. Estos funcionarios comprados —desde los más altos ministros hasta los más insignificantes ujieres— forman una red irrasgable de hombres interrelacionados entre sí por un mismo interés, el de alimentarse a costa del trabajo del pueblo y, dado que cuanta mayor sea su docilidad al cumplir la voluntad de los gobiernos más se enriquecen, defienden con palabras y hechos la violencia estatal, de la cual depende su bienestar económico.

El tercer sistema es lo que yo llamo la hipnotización del pueblo. Consiste en frenar el desarrollo espiritual de los hombres y, mediante distintas formas de sugestión, mantenerlos en una concepción ya caduca de la vida sobre la que descansa el poder de los gobiernos. En la actualidad, esta hipnotización está organizada de un modo verdaderamente complejo: empieza la niñez y se prolonga hasta la muerte y conduce a arraigar supersticiones religiosas y patrióticas y a mantener al pueblo en la ignorancia y el temor entreteniéndolo con circos y espectáculos grotescos y, con vodka y tabaco, embruteciéndolo y debilitándolo.

El cuarto sistema es el del Ejército. Consiste en extraer de la población a unos hombres para, tras exponerlos a unos métodos especiales y muy intensos de *atontamiento*, hacer de ellos un instrumento carente de voluntad que ejecute todas las atrocidades y salvajadas que los gobiernos se empeñan en realizar. Este *atontamiento se consigue reclutando a esos hombres durante su juventud más tierna, cuando aún no han adquirido unos valores morales sólidos*; tras privarles de todas las condiciones naturales de la vida, hogar, familia, amigos, entorno y trabajo, los encierran juntos en cuarteles, los visten con singular indumentaria y, bajo el influjo de clarines y tambores, de gritos estentóreos y brillos áureos por doquier, *les obligan cotidianamente a repetir ciertas rutinas para, con todo ello, llevarlos hasta tal estado de hipnotización que dejan de ser personas y acaban convirtiéndose en máquinas, inexpresivas y obedientes.*⁵⁷⁷

La repugnancia moral de Tolstoi al ejército permanente, herencia de las guerras napoleónicas, estaba más que justificada: divorciado internamente, a la oficialidad le eran completamente ajenas y desconocidas las necesidades, idiosincrasias y peculiaridades de la tropa pobre, ignorante y supersticiosa; entre los dos segmentos se abría una profunda y creciente herida de desconfianza mutua e insuperable, ahondada por las corrupciones que hacían marchar hacia el frente a batallones y regimientos enteros sin el avituallamiento indispensable, provocando brotes de insubordinación;

⁵⁷⁷ *Ibidem*, pp. 227-231.

los severos castigos concomitantes fueron como gasolina arrojada al fuego inextinguible del odio clasista. Colapsado e incompetente, el Estado mayor era cueva de ladrones e intrigantes, que acabarían por perder a los últimos Romanoff asesinados arteralmente en los confines de Ekaterimburgo por los bolcheviques de Lenin. Hubiera sido preciso no poner en un mismo saco a la tropa popular y a la oficialidad “aristocrática”, pues sin duda tienen responsabilidades distintas, más graves según el grado de mando que tengan sobre un mayor número de hombres. En todo caso, Tolstoi sabía del militarismo prusiano y de las fanfarronadas del káiser, del zar y del rey inglés, entre otros trágicos payasos de aquel tiempo suyo, y vio, con gran alarma y temor, que se aproximaban al precipicio entre banderines y flautas, como si de una *kermesse* se tratara, en una exhibición estúpidamente machista de grandes cañones y de pequñeces personales de toda índole, físicas y morales, como en una suerte de ley de la compensación. La lógica militar guarda grandes similitudes con la del exterminador de roedores y otras plagas. Raramente eficaz y evidentemente cobarde en su versión y con el poder de destrucción actual, que ya no requiere del arrojo personal exigido antaño, valentía equívoca, pero valentía al fin. A Tolstoi lo anterior le tenía sin cuidado, muy explicablemente, como también eso que llaman los franceses “la gloria de las armas”, para él una auténtica estupidez.

Desde luego que para Tolstoi la insurrección armada no sólo es insensata, sino también criminalmente inútil, como quedaría demostrado, con el paso del tiempo, de mucho tiempo, cuando la espantosa realidad sanguinaria de Stalin sea finalmente conocida por el mundo entero.

Tolstoi condenó la estrategia violenta de los comunistas, que sólo conduciría finalmente a otra forma de esclavitud bajo una férrea dictadura imposiblemente proletaria, pues proletarios propiamente no hubo, sino alguno oscuro en esos comités centrales repletos de burgueses. No llegaría a verlo en vida.

La tesis en que Tolstoi funda su optimismo es la de que “los ideales cristianos son los únicos que todo el mundo comparte y reconoce como vinculantes para todos”.⁵⁷⁸

“La gente de nuestro tiempo no finge odiar la opresión, la desigualdad, la distinción clasista y todas las crueldades dirigidas no solo hacia los hombres sino también hacia los animales; realmente detesta todo esto, pero no sabe cómo pararlo, o no se atreve a renunciar a todo aquello que mantiene este sistema, que les parece imprescindible”. Añade severamente:

⁵⁷⁸ *Ibidem*, p. 236.

Sé que muchos de estos hombres tratarán de demostrar con suficiencia que sus actos son no sólo legítimos, sino incluso necesarios; dirán en su defensa que el poder de las autoridades dimana de Dios, que los funcionarios de un Estado son necesarios para el bien de la humanidad, que la riqueza no contraviene el cristianismo, que lo que se le dijo al joven rico era que debía entregar sus posesiones, pero únicamente si deseaba alcanzar la perfección, que la actual distribución de la riqueza y su comercio es válida y que todo el mundo sale beneficiado con ella y que, sin embargo, por más que traten de engañarse a sí mismos y al resto, saben que lo que hacen es contrario a todo aquello en lo que creen (o en lo que dicen creer) y en cuyo nombre viven, y en el fondo de su alma, cuando se quedan solos con su conciencia, sienten vergüenza y dolor al recordar su modo de actuar, sobre todo si se les menciona cuán infame resulta su labor.

Podemos imaginar a Tolstoi temblando de indignación al recordar la arenga del miserable prusiano Guillermo II a sus tropas:

Me habéis jurado fidelidad, sois los hijos de mi guardia, lo que significa que ahora sois mis soldados y que os habéis entregado a mí en cuerpo y alma. Ante las artimañas socialistas que hoy en día nos amenazan es posible que os tenga que ordenar que disparéis contra vuestros propios familiares, hermanos e incluso padres —Dios nos libre— y en este caso, deberéis cumplir mis órdenes sin rechistar.

Para Tolstoi esas palabras encerraban todo el horror del crimen y toda la estulticia del regío delincuente oprobioso, incluso para alemanes nacionalistas primero y, luego, nacionalsocialistas, nazis sin más, que pavimentaron el camino infame de aquel reyezuelo bravucón y cobarde.

El cristianismo se libera de cualquier poder de los hombres al considerar que tanto su vida como la de los demás obedecen a la ley divina del amor, implantada en el alma de toda persona, una ley que Cristo, el único guía de nuestra vida y la de los demás hombres, hizo emerger en las conciencias humanas. Un cristiano puede verse expuesto a la violencia externa, puede ser privado de su libertad física, puede no ser libre de sus pasiones (aquel que peca llega a ser esclavo del pecado), pero nunca puede perder su libertad, en el sentido de verse forzado, por cualquier peligro o amenaza externa, a cometer actos contrarios a su conciencia. Por tanto, el cristiano, sometido a una única ley divina interior, no sólo puede obedecer los dictados de la ley exterior que contravienen la ley divina del amor, como son los deberes que impone un Estado, sino que tampoco puede reconocer el deber de obediencia, sea a quien sea y

sea para lo que sea; en definitiva, no puede reconocer el deber de obediencia, “la jura de bandera”.

En el caso de un cristiano, jurar obedecer a cualquier gobierno constituye una renuncia directa al cristianismo, porque un hombre que se ha comprometido para siempre a someterse a unas leyes que son y serán creadas por otros hombres, está claramente renunciando al cristianismo, que impele a obedecer, en todas las circunstancias de la vida, a la única ley divina del amor. Un cristiano que promete obedecer en lo sucesivo e inequívocamente la ley de los hombres estaría declarando que la ley divina interior ya no constituye para él la única ley de su vida.⁵⁷⁹

Radicalismo cristiano, sin condiciones ni amortiguamientos, lógicamente implacable y, sin embargo, rarísimo de ver. ¿Su valor último residirá acaso en esa excepcionalidad conmovedora y la más ardua de todas cuantas haya, atrayente con la fuerza poderosa del ejemplo, para confortar a quienes aspiran recorrer algo más del penoso camino con tal de, cuando menos, aproximarse al Arquetipo?

El cristiano —dice Tolstoi— actúa de acuerdo con las palabras de la profecía, aplicadas a su Maestro: “No disputará con nadie ni dará gritos; nadie oirá por la calle su voz. No romperá la caña quemada ni apagará el pabilo humeante hasta que haga triunfar la justicia” (Mateo 12,19-20).

No se trata, pues, de renunciar a la lucha, de deponer las armas y rendirse; pero la batalla decisiva se gana solamente con amor, no resistiendo con violencia, no respondiendo con ofensa ni condenando con rencor.

Ante la desobediencia de los cristianos los gobiernos se encuentran en una situación desesperada. Ven que la profecía se está cumpliendo: el cristianismo está rompiendo cadenas y liberando a los hombres que se encuentran esclavizados; ven que esta liberación supondrá el fin inevitable de quienes mantienen a los demás esclavizados. Lo único que pueden hacer los gobiernos es retrasar la hora de su caída.⁵⁸⁰

Entretanto, el orden mundial salido del Congreso de Viena, el equilibrado mapamundi de Metternich y Castelreagh,⁵⁸¹ con algunos rasguños, pero se mantenía incólume. El vaticinio del creador de Ana Karenina, muy aventurado entonces, hoy aparece sólo como *desiderátum*, y revela la honda

⁵⁷⁹ *Ibidem*, pp. 247 y 248.

⁵⁸⁰ *Ibidem*, p. 270.

⁵⁸¹ Carrillo Prieto, *Derecho...*, *cit.*

raíz de optimismo del liberador de sus propios siervos condales y su antropología progresista.

Tolstoi hizo tocar fondo a sus lectores y seguidores al sostener que “el cristianismo, en su auténtico sentido, destruye al Estado”, que es la tesis con que el artífice de *Paz y guerra* abre su capítulo postrero. “La inutilidad de la violencia estatal como instrumento para suprimir el mal”.⁵⁸² Subrayó inequívocamente: “la profesión del auténtico cristianismo no sólo excluye la posibilidad de reconocer al Estado, sino que destruye sus cimientos”, como lo vieron los romanos desde el principio de la influencia social de la nueva fe de los desheredados de esta tierra.

Un eco de Tolstoi se prolonga hasta la Teología de la Liberación, tan controvertida, silenciada oficialmente por el papa Wojtyła, quien tenía otra muy distinta lectura del Evangelio, como es más que evidente.⁵⁸³

Hizo Tolstoi frente a la objeción central:

Y no se puede demostrar que, tal como afirman los defensores del Estado, su abolición compartiría el caos social, el pillaje y el asesinato, la destrucción de todas las instituciones sociales y el regreso de la humanidad a la barbarie; ni tampoco que, tal y como afirman los detractores del Estado, los hombres han alcanzado un nivel de raciocinio y de bondad tan elevado que ya no roban, ni se matan unos a otros, que prefieren la convivencia pacífica al enfrentamiento, que ellos mismos organizarán todo cuanto necesiten sin necesidad de un Estado, que éste no solo no contribuye a la prosperidad sino que, con el pretexto de proteger a los hombres, ejerce sobre ellos una influencia dañina y brutal.

Ni contrato político democrático ni anarquismo son soluciones tolstoianas al problema del Estado, producto del pecado original, como lo es el derecho, pues a causa de la falta primigenia, el hombre, libre para la virtud o el vicio, requiere caído de una fuerza coactiva, fuerza heterónoma a él, a fin de obligarlo a convivir en un estado de cosas en que el monopolio de la fuerza se llama *Estado*, surgido como efecto de la primera desobediencia, la paradisiaca, rebelde ante la prohibición del severo Jehová, muy poco paciente con las flaquezas humanas. Pero Cristo lo compuso todo con su sacrificio, así que, en adelante, el entramado surgido del pecado y su Ley del Talión son superfluos, son males que el cristianismo abolirá tarde o temprano a pesar de los impacientes, como Tolstoi, por ver llegar ya el reino de Dios sobre la Tierra.

⁵⁸² *Op. cit.*, p. 273.

⁵⁸³ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

Vuelve a la carga ante la reformulación antitética:

La supresión de la violencia —dicen los defensores del orden establecido— sería posible y deseable sólo cuando todos los hombres fueran cristianos. Mientras esto no sea así, mientras haya individuos que sólo se hagan llamar cristianos, que no lo sean, o que sean malvados y que por codicia estén dispuestos a causar el mal a sus semejantes, la supresión de la violencia estatal no sólo no supondría ningún beneficio para la comunidad, sino que aumentaría su desgracia. Por este motivo, la violencia estatal no debe desaparecer hasta que no se haya acabado con todos los hombres malvados y con todos los ladrones del mundo. Y ya que esto no es posible —o al menos no hasta un futuro muy lejano— *la violencia estatal debe ser mantenida por el interés de la mayoría, a pesar del intento de ciertos cristianos por librarse de ella.*⁵⁸⁴

Valido de sus capacidades, dialécticas y retóricas, Tolstoi responde: “Al decir que, sin la violencia estatal, los malvados dominarían a los buenos, consideran probado que los buenos son aquellos que, en la actualidad, están en el poder, mientras que los malvados son aquellos que están sometidos. Pero esto es algo que hay que demostrar”.

El otro extremo de la cuestión es también importante:

En realidad, los más bondadosos no disponen de ningún medio con el que tomar el poder y mantenerlo, *porque para hacerlo es preciso amarlo*. Y la bondad no es compatible con la sed de poder ni con sus cualidades: orgullo, astucia y brutalidad... Es imposible atemorizar a la gente diciendo que los malvados dominarán a los buenos, porque esto es lo que siempre ha sucedido y sucede hoy, y no podría ser de otro modo. Decís que en el pasado la gente saqueaba y mataba, y teméis que esto vuelva si desaparece vuestro poder. Puede que así sea y puede que no lo sea, pero el hecho de que vosotros destruíis a miles de hombres con vuestras cárceles, presidios, fortalezas y deportaciones, que arruináis a millones de familias y destrozáis, tanto física como moralmente, a millones de hombres, convirtiéndolos en soldados, no es una violencia imaginaria sino real, contra la cual, según vuestro razonamiento, habría que utilizar la violencia, sois vosotros mismos.⁵⁸⁵

El verdadero sentido del proceso histórico para Tolstoi

consiste en que *los peores elementos de la sociedad, que se han hecho con el poder, tras haberse desembriagado de éste, se tornan cada vez menos crueles, se ven incapaces de*

⁵⁸⁴ Tolstoi, *op. cit.*, pp. 277 y 278.

⁵⁸⁵ *Ibidem*, pp. 282 y 283.

recurrir a las formas más terribles de violencia y acaban cediendo su puesto a otros, los cuales pasan por el mismo proceso de humanización y, por así decirlo, de *cristianización inconsciente*.

El cristianismo es pues el motor de la historia y no la lucha de clases ni el mercado y sus leyes. Visión providencialista se dirá, aunque de una providencia cósmica y amorosa, muy distinta de la urdida por De Maistre, Bonald y el resto de los conservadores, durante sus veladas arcaizantes y avinagradas.⁵⁸⁶ Los más altos ejemplos históricos del horror que el poder es capaz de causar son Carlos V, Iván el Terrible, Alejandro I (y Cristina de Suecia, Amadeo de Saboya y Benedicto XVI), quienes, según Tolstoi, “al conocer la vanidad y perversidad del poder renunciaron a éste porque percibieron todo su mal”.

El mecanismo del derecho penal le parece a Tolstoi de falsa relojería:

Ni el aumento ni la disminución de la severidad en los castigos, no las modificaciones realizadas en las cárceles, ni tampoco al aumento de efectivos policiales hacen aumentar o disminuir el número de delitos, puesto que este número sólo disminuirá como consecuencia de un cambio en la *opinión pública* (que en el texto del ruso a veces quiere decir *valores sociales* o *moral social*). La violencia nunca podrá erradicar aquello que es aceptado por la opinión pública. Al contrario, cuando la opinión pública está en contraposición frontal con la violencia, acaba vencéndola.

A continuación, fabrica un inteligente anzuelo:

Con el fin de atraer a los pueblos salvajes al cristianismo —que no nos han hecho nada y a los que nadie nos ha llamado a conquistar— en vez de dejarlos en paz o en caso de necesitar o desear acercarnos a ellos, debemos influir en ellos únicamente con una doctrina, con una actitud de resignación, humildad, templanza, pureza, fraternidad y amor, crearemos nuevos mercados y establecimientos y un comercio beneficioso para todos. En cambio, les hemos arrebatado la tierra (es decir, les robamos), les vendimos alcohol, tabaco y opio (es decir, les corrompemos) les imponemos nuestras costumbres, les enseñamos la violencia y todas las maneras de ejercerla (es decir, les enseñamos la ley animal de la lucha, la más degradante para el ser humano⁵⁸⁷ y llevamos a cabo todo aquello que oculta ante sus ojos lo que hay de cristiano en nosotros.

⁵⁸⁶ Carrillo Prieto, *Derecho...*, *cit.*

⁵⁸⁷ Es la fascinación por los depredadores más crueles, tema televisivo de gran éxito.

Las ruindades del genocidio imperialista le llegaron a Tolstoi hasta el fondo del alma, que se compadecía con santa cólera del papel jugado en él por un cristianismo farisaico, que Leopoldo, de Bélgica y del Congo, llevó a extremos de crueldad inconcebibles, el “cristianísimo” rey aquel, favorito de la corte victoriana de Saint James y de los voraces colonizadores, recolectores de caucho, que valoraban más una libra de este fluido que la mano del esclavo que por error la derramaba, amputada cual castigo ejemplar. Carlota, su hija, inquieta y fantasiosa, de algún modo su némesis, que le sobrevivió hasta bien entrado el siglo XX, reducida a un minúsculo ovillo de sedas, cintas y olanes.

La “decadencia” de la clase política y de la elite económica (que hoy tanto da de qué hablar) no escapó al escalpelo de Tolstoi:

Pero a pesar de que el círculo de personas del que proceden los servidores del Estado y la gente rica es cada vez más reducido y más vil, ni siquiera estos hombres atribuyen a los cargos que ocupan el mismo valor que en el pasado. Los reyes y los emperadores ya apenas gobiernan. Toda su tarea se reduce a “representar” la unidad y el poderío del Estado. Pero incluso esta tarea la desempeñan cada vez peor (¡Ay España! ¡Ay Inglaterra! ¡Ay Bélgica!). La mayoría de ellos ya no mantiene su antigua mayestática, incluso se van vulgarizando, perdiendo el prestigio externo que les quedaba, es decir, se va destruyendo aquello que estaban llamados a mantener.⁵⁸⁸

En contraste, militares, jueces, abogados y carceleros se humanizan cristianamente, negándose a obedecer a rajatabla los designios de la violencia estatal.

Los ricos no se atreven a disfrutar solos de sus riquezas, y destinan una parte de éstas a la cuestión social. Los terratenientes construyen en sus tierras hospitales y escuelas. Los propietarios de fábricas y los industriales instituyen mutualidades, proporcionan viviendas y pensiones, organizan cooperativas. Los capitalistas donan parte de su capital a instituciones sociales, educativas, artísticas y filantrópicas. Es la opinión pública que ya está ejerciendo una influencia benéfica sobre los hombres más sensibles... y la seguirá ejerciendo hasta transformar todas las acciones humanas y lograr que éstas vayan de acuerdo con la conciencia cristiana.

Es de temerse que, aun con toda la vehemencia tolstoiana, la opinión pública expresada en los medios masivos y globales de hoy no guarde ni remota semejanza con la soñada por el patriarca.

⁵⁸⁸ *Ibidem*, p. 308.

Concluye diciendo que

todo lo que podemos saber es lo que nosotros, que formamos la humanidad, debemos hacer y no debemos hacer para que venga el Reino de Dios. Y esto es algo que todos sabemos. Cuando cada uno de nosotros empiece a hacer lo que debe hacer y deje de hacer lo que no debe, cuando cada uno de nosotros viva con toda la luz que hay en su interior, entonces vendrá el Reino de Dios.⁵⁸⁹

Tolstoi propone, visto lo antedicho, llegar a un nuevo planteamiento conceptual e histórico:

Aquellos que disfrutaban de unos privilegios obtenidos gracias a una violencia empleada en un remoto pasado a menudo olvidan —y les gusta olvidar— de qué modo estos privilegios fueron obtenidos. Basta con recordar la Historia —no la historia de las hazañas de las dinastías, sino la verdadera Historia, la de la opresión de una minoría sobre la mayoría— para ver que todos los privilegios de los ricos sobre los pobres no son sino fruto de los azotes, las cárceles, los trabajos forzados, los homicidios. Basta con pensar en el incesante y obstinado afán de todas las personas en acrecentar su bienestar económico, que es lo que mueve a los hombres de nuestro tiempo, para convencerse de que los privilegios de los ricos sobre los pobres no pueden ni han podido ser mantenidos de otro modo.

Se ha aludido frecuentemente y con razón a los ecos de Rousseau en Tolstoi; aquí resuena, en prístino timbre juanjacobita.⁵⁹⁰

La doctrina del “ojo por ojo, diente por diente y vida por vida” fue abolida por el cristianismo precisamente porque solamente era una falsa justificación de la inmoralidad, algo que pretendía acercarse a la justicia pero carente de todo sentido. La vida es una magnitud que no tiene peso ni medida, que no puede ser equiparada a ninguna otra, y por ello la destrucción de la vida, por otra carece de sentido. ¿De qué modo puede la destrucción de una vida de unos mejorar la vida de otros? La destrucción de una vida no es un acto que mejore nuestras vidas; es nuestro paulatino suicidio.

La intangibilidad, la indisponibilidad, la sacralidad de todo ser humano no consienten sino la condición de ser *absolutos*. Tolstoi lo vio desde lejos:

⁵⁸⁹ *Ibidem*, p. 318.

⁵⁹⁰ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad...*, *cit.*

Según una teoría, la tarea principal de todo hombre que desee servir a la sociedad y mejorar la situación de la humanidad debe estar dirigida no a elucidar y profesar la Verdad sino a mejorar las condiciones externas —políticas, sociales y, sobre todo, económicas—. La transformación de estas condiciones se efectúa, en parte, sirviendo a un gobierno e introduciendo en él unos principios liberales y progresistas y, en parte contribuyendo al desarrollo de la industria, a la difusión de una educación científica. Lo importante no es profesar en tu vida la verdad que te ha sido revelada, sino introducir el liberalismo, y contribuir a la industrialización! Hay una suerte de *hipocresía metafísica* que afirma que, desde un punto de vista religioso, la posesión o no de la tierra es indiferente para salvación y que, desde el punto de vista científico, la renuncia a la posesión es un esfuerzo inútil, pues la contribución al bienestar de la humanidad no se produce por este camino sino mediante una transformación progresiva de las formas externas. Entonces, el terrateniente organiza exposiciones agrarias y sociedades de abstemios y envía un poco de caldo a tres viejecitas y se pone a predicar el amor evangélico a sus semejantes, sin parar de arrebatarse más de su tierra a los campesinos... Cuanto más saciados estén los hombres, cuanto más teléfonos, telégrafos, libros, periódicos y revistas haya, más medios habrá para difundir las mentiras contradictorias entre sí y más divididos estarán los hombres —y por ello más desgraciados serán— como sucede actualmente. No en vano las únicas palabras ásperas que Jesucristo pronunció las dirigió contra los hipócritas y la hipocresía, esa mentira especial que destruye en la conciencia de los hombres la distinción entre el bien y el mal... Con respecto a la verdad todo hombre se encuentra en su vida en la situación de un viajero que camina en la oscuridad con la luz vacilante de su linterna... y siempre podrá escoger uno y otro lado para avanzar. Es preciso —como dijo Herzen— “tirar abajo el viejo castillo heredado por el único placer de participar en la fundación de una nueva morada”. Antes que nada hemos de buscar el Reino de Dios; todo lo demás “se nos dará por añadidura” (Mateo 6, 33). ¿Había otra forma de poner punto final a su larga requisitoria? Sólo era posible acabar invocando divinas palabras pues así concluye todo profeta su admonición fugigante.